

197-198 OPUSCULUM NONUM. DE LA LIMOSNA, A MAINARDO OBISPO DE URBINO.

ARGUMENTO.

Por encima de otras virtudes, se encomia principalmente la limosna, en cuyas alabanzas este Opúsculo el santo varón desata las riendas de la elocuencia y vierte todas las fuerzas de su ingenio.

Al señor MAINARDO, obispo de Urbino de venerable santidad, PEDRO, monje pecador, salud en el Señor.

Quien descansa bajo la sombra estival, no trabaja en la batalla, y sin embargo, no incongruentemente discute sobre batallas. No descansamos ociosamente si, descansando, tratamos sobre el trabajo. De qué modo, ciertamente, puede el fruto ser más dulce o la cosecha más fértil. Quien se encuentra en la corte real explora todos los dones de sus fuerzas, si hay algo con lo que pueda agradar más a los ojos principales, y en lo que se encuentra más capaz, allí se esfuerza más intensamente en ejercitarse. Uno es más robusto en la guerra, otro más prudente en el consejo. Aquel, mientras defiende causas, elocuentemente y con gracia habla en público; este, al no poder igualar la urbanidad de la elocuencia de aquel, tal vez sobresale en el estudio de la escritura, o incluso en la caza, o ciertamente en el arte de la cetrería; y para llegar a lo nuestro, Moisés dice a los hijos de Israel: «Separad entre vosotros las primicias para el Señor: todo el que sea voluntario y de ánimo dispuesto, ofrezca al Señor oro, plata, bronce, jacinto y púrpura, escarlata dos veces teñida, y lino fino, pelos de cabra, y pieles de carneros, maderas de acacia, y aceite para las lámparas (Éxodo XXXV).» Y como todos no tenían todo, cada uno ofreció lo que pudo, y fue más generoso en aquello que tenía en mayor abundancia, para que, mientras todos ofrecían lo que no tenían individualmente, muchos construyeran un tabernáculo para el Señor. También nosotros, que ahora en el desierto de esta vida establecemos un tabernáculo, para que, al entrar en la tierra que mana leche y miel, dediquemos en la celestial Jerusalén un templo bajo el imperio del verdadero Salomón: que ciertamente no sea de metales insensibles, sino de piedras vivas; y no se adorne con el brillo de gemas resplandecientes, sino que resplandezca con el decoro de virtudes espirituales. De todos los bienes, por la gracia de Dios, podemos ser partícipes, pero no podemos poseerlos todos por igual. Pues los santos Padres, que nos precedieron hacia lo celestial, aunque fueron partícipes de todas las virtudes por la ayuda divina, no se cree que hayan sido iguales en todas. Abraham, ciertamente, sobresalió en fe y obediencia; Isaac fue adornado por la castidad de la monogamia; «Moisés, como dice la Escritura, era el hombre más manso sobre la faz de la tierra (Génesis XV); Elías es distinguido por la autoridad de la libertad (Números XII);» el fervor del celo y la justa venganza de Finees lo constituyeron sacerdote perpetuo ante el Señor (Números XXV); la virginidad elevó a Juan al regazo del pecho del Señor (Juan XIII); y el amor especial por el Señor promovió a Pedro a recibir los derechos del primer pastor (Juan XXI).

[DE LA LIMOSNA, A MAINARDO OBISPO DE URBINO.]

CAPÍTULO PRIMERO. Que de las virtudes se debe elegir una a la que más sirvamos.

Aunque, por tanto, cada santo debe necesariamente florecer en todas las virtudes (pues ninguna virtud es verdaderamente tal si no está mezclada con otras virtudes), sin embargo, cada uno debe elegir una virtud sobre las demás, a la que su mente se adhiera más familiarmente, y de cuyo servicio, por así decirlo, no se aparte. No podemos ejercitarnos

igualmente en todas las virtudes, pero mientras guardamos una más estrechamente, en esta completamos lo que falta de las demás; y mientras la abrazamos incesantemente, como si tuviéramos todo el cuerpo de las virtudes por la participación de un solo miembro.

¿Qué virtud, entonces, te persuado a que ejecutes de manera especial? ¿Acaso el ayuno? Pero inmediatamente responderás: Si desgasto mi cuerpo con ayunos immoderados, pronto sucumbo a los trabajos de tantas causas y discusiones inminentes. Si impongo meditaciones de salmodia, dirás que te ves impedido por la asiduidad de la oración, ya que te ves obligado diariamente a responder a los saludos de los amigos y a mezclar conversaciones. Si te exhorto a caminar descalzo, según la costumbre de los apóstoles; si a domar tus miembros con cilicios duros, al estilo de Juan; si finalmente te ordeno ir al exilio; si te mando encerrarte en custodia carcelaria al modo de los penitentes, alegrarás inmediatamente la enfermedad inminente, o más bien que no puedes soportar tan dura gravedad de incomodidad corporal.

Por tanto, tú que aún temes afligir los miembros de tu cuerpo, o más bien porque aún no puedes ofrecerte a ti mismo a Dios como sacrificio a través de la acritud de la penitencia, extiende la mano, te lo ruego, a lo que está a tu alrededor, y ya que no puedes ofrecerte a ti mismo, al menos comparte lo que es tuyo: si vas a cortar la carne, es suficiente para ti si solo corto el cabello; quien había venido a amputar la mano, es piadoso si solo corta las uñas. Cuanto dista entre la herida de la carne humana y la vestidura, tanto entre el hombre y la facultad del hombre. De este modo, Abraham ofreció un animal (Génesis XXII) para conservar a su hijo, sacrificó un carnero para proteger a su heredero. De este modo, Micol puso un ídolo en la cama para defender a su marido de las espadas de la locura paterna (1 Samuel XIX): y para que David viviera verdaderamente, se esforzó por simularlo como moribundo con una piel de cabra: «Porque piel por piel, y todo lo que el hombre tiene lo dará por su alma (Job II).» Tú también cámbiate a ti mismo por tu propia facultad, y haz de tus bienes un sacrificio, para que luego merezcas ser recibido en holocausto. Pues Dios no acepta la ofrenda de tal manera que desprecie al oferente: para que quien haya sido oferente de su facultad, pueda cantar con voz segura junto con la esposa de Manué: «Si el Señor, dice, quisiera matarnos, no habría aceptado de nuestras manos holocaustos y libaciones (Jueces XIII).» Pues Dios recibe la limosna a través de la mano del pobre, y la conserva guardada para ti en la seguridad de aquel almacén celestial. De donde el Señor en el Evangelio: «Atesorad, dice, para vosotros tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen; y donde los ladrones no minan ni roban (Mateo XVI).» Por lo tanto, claramente Dios todopoderoso constriñe a algunos con la pobreza, y a otros los dilata con la abundancia de riquezas, para que aquellos tengan con qué redimir sus propios pecados, y estos con qué sostener su indigencia. Como está escrito: «La redención del alma del hombre son sus riquezas (Proverbios XIII).» De donde también Daniel dijo a Nabucodonosor: «Por tanto, oh rey, acepta mi consejo, y redime tus pecados con limosnas, y tus iniquidades con misericordias hacia los pobres, si acaso Dios perdona tus delitos (Daniel IV).»

Por tanto, los ricos son más bien ordenados a ser dispensadores que poseedores: y no deben considerar como propio lo que tienen, porque no han recibido los bienes transitorios para que abunden en delicias, o los gasten en usos propios, sino para que ejerzan el oficio de administración, mientras permanecen en el cargo de mayordomo. Por lo tanto, quienes distribuyen limosnas a los pobres, devuelven lo ajeno, no distribuyen lo suyo. De donde también el Señor, al ordenar la limosna, dice: «Cuidaos de no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos (Mateo VI).» No dice, vuestra misericordia, sino vuestra justicia. Pues aquel hace misericordia, que da lo propio; aquel hace justicia, que devuelve lo ajeno. De donde también el salmista, después de haber dicho: «Esparcí, dio a los pobres;» no dice, su misericordia, sino, «Su justicia permanece para siempre (Salmo CXI).»

Por tanto, cuando socorremos a los pobres, sin duda devolvemos lo ajeno, no damos lo nuestro. Sin embargo, ante el juez piadoso somos considerados misericordiosos, cuando dispensamos fielmente estas cosas que no son nuestras, sino comunes: y cuando devolvemos justamente lo ajeno, no carecemos del premio de la misericordia ante aquel que ve lo íntimo del corazón. Pero, por el contrario, quienes ahora desprecian socorrer a los pobres, en el examen de la terrible discusión no son tanto acusados de avaricia como de robo: y no se les convence de ser tenaces de lo suyo, sino más bien de ser raptos de lo ajeno. A quienes ciertamente el supremo árbitro dirá en el juicio: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber (Mateo XXV).» Como si dijera: porque no quisisteis ministrar a vuestros consiervos lo que recibisteis para su refrigerio, que la olla del voraz infierno os devore, a quienes la rapacidad de los bienes ajenos condena por el ardor de la codicia. Y como es ajeno a nosotros lo que en esta vida hemos recibido para dispensar; y nuestra es la gloria celestial que esperamos, esa sentencia les conviene adecuadamente, que el Señor dice en el Evangelio: «Si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? (Lucas XVI.)» Ciertamente aquel fue fiel en lo ajeno, quien de sí mismo decía confiadamente: «La bendición del que iba a perecer venía sobre mí, y el corazón de la viuda me consolado: fui ojos para el ciego, y pies para el cojo; era padre de los pobres (Job XXIX).»

¡Oh, cuán fiel fue en lo ajeno, y con cuánta firmeza podía confiar en lo propio, cuando en otro lugar clamaba denunciándose a sí mismo: «Si he negado lo que querían a los pobres, y he hecho esperar a los ojos de la viuda; si he comido mi bocado solo, y no ha comido de él el huérfano; porque desde mi infancia creció conmigo la misericordia, y desde el vientre de mi madre salió conmigo (Job XXXI).» Donde aún añade apropiadamente: «Si he despreciado al que pasaba porque no tenía vestido, y al pobre sin cobertura; si no me han bendecido sus costados, y se ha calentado con los vellones de mis ovejas (Ibid.).» Mira cuán largo es este catálogo de misericordias, para que no omita nada en absoluto, sino que acuda a todas las necesidades de todas las maneras, como si curando socorriera a todas las heridas de la indigencia.

Por lo demás, cuando socorremos a los necesitados en su necesidad, cumplimos al mismo tiempo la verdad y la misericordia. Misericordia, ciertamente, cuando compadecemos piadosamente a los indigentes; verdad, es decir, justicia, cuando no les ministramos lo nuestro, sino lo que es suyo. De aquí que en el libro de los Proverbios Salomón dice: «La misericordia y la verdad no te abandonen: átalas a tu cuello, y escríbelas en las tablas de tu corazón, y hallarás gracia y buena disciplina ante Dios y los hombres (Proverbios III).» Y de nuevo está escrito: «La misericordia y la verdad preparan el bien; en toda obra buena habrá abundancia (Proverbios XIV).» Y para que la obra de piedad no sea despreciada por la pereza indolente, sino que la devoción rápida y pronta la recomiende, en otro lugar dice: «No digas a tu amigo, ve y vuelve, y mañana te daré, cuando puedes dar inmediatamente (Proverbios III).» Pues la mano del avaro tiembla cuando da: y así como el enfermo, temblando, difiere el amargo antídoto, así este, al dar algo, teme la indigencia: por lo tanto, aunque el tiempo de necesidad apremie, ya sea en beber o en dar, ambos, sin embargo, difieren para el futuro lo que aborrecen, interponiendo una dilación. Ciertamente, el ánimo generoso y liberal hace rico, el miedo y la tenacidad lo hacen indigente. De donde está escrito: «La riqueza del rico es su ciudad fortificada, el miedo de los pobres es su indigencia (Proverbios X).» Pues el miedo obliga al ánimo degenerado a carecer, aunque parezca abundar en riquezas.

CAPÍTULO II. Cuál es el premio de la limosna.

Tú, sin embargo, amadísimo, no desprecies a tu hermano en la necesidad presente, si deseas que Dios te socorra en el artículo de la última necesidad: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mateo V).» Pero si das tu dinero a un hombre en préstamo, recibes el uno por ciento: si, en cambio, a los pobres, según los mandatos divinos, recibes el ciento por uno: y si esto parece poco, también se te acumula la vida eterna. ¿No es mejor, entonces, recibir el ciento por uno que contentarse con el uno por ciento? No desprecies, por tanto, al prójimo, si no quieres aparecer despreciable ante Dios. De donde también Salomón dice: «El que desprecia a su prójimo, peca; pero el que tiene misericordia del pobre, será bienaventurado (Proverbios XIV).» Donde inmediatamente se añade: «El que confía en el Señor ama la misericordia (Ibid.).» Ciertamente, si el que confía en el Señor ama la misericordia, debe decirse que aquel no cree, quien se convence de no amar la misericordia: ¿Por qué, entonces, este no cree? Otra sentencia del mismo libro lo declara; dice: «El que tiene misericordia del pobre, presta al Señor, y Él le devolverá su recompensa.»

Por tanto, no cree en el Señor quien teme confiarle sus bienes, mientras no quiere exhibirlos a los necesitados. Pues si verdaderamente creyera en el Señor, no temería prestar como a un deudor fiel el depósito de su facultad: pero quien duda de la fidelidad de aquel, sin duda no lo honra; pues está escrito: «Honra al Señor con tus bienes (Proverbios III).» Y en otro lugar se dice: «El que oprime al pobre, afrenta a su Hacedor; pero lo honra el que tiene misericordia del pobre (Proverbios XIV).» Y de nuevo: «Hacer misericordia y juicio agrada más a Dios que los sacrificios (Proverbios XXI).» Pues cada uno que da limosna hace misericordia, cuando compadece a los necesitados en su necesidad; juicio, cuando no les da lo propio, sino sus bienes. Pero de estas cosas, mientras sostiene la indigencia presente, se prepara para sí mismo riquezas eternas en el futuro. De donde está escrito: «El que da al pobre no tendrá necesidad; el que desprecia al suplicante, sufrirá penuria (Proverbios XXVIII).» Pues el rico deposita lo que da a los necesitados, y ahora lo cree como depósito de dinero prestado, que en la vida eterna recibe con intereses multiplicados. Y quien ahora se convierte en acreedor por misericordia, en la retribución será feliz exactor. De donde está escrito: «El pobre y el acreedor se encontraron, el Señor es el iluminador de ambos (Proverbios XXIX).» Y de la mujer fuerte, por la cual se entiende tanto la santa Iglesia universal como cada alma fiel y piadosa, se dice en los Proverbios: «Abrió su mano al necesitado, y extendió sus palmas al pobre (Proverbios XXXI);» donde inmediatamente se añade apropiadamente: «No temerá a su casa por la nieve; porque todos sus domésticos están vestidos de doble vestidura (Ibid.).» Pues quien ahora se viste con el manto de la doble caridad, como cubierto con doble vestidura, de ninguna manera será constreñido por el frío de la nieve futura: y quien ahora es inflamado por el ardor de la caridad, entonces ignorará el frío penal de la nieve. De la cual, ciertamente, nieve del futuro suplicio, también se dice por el bienaventurado Job del hombre réprobo: «Que pase al calor extremo desde las aguas de la nieve, y hasta el infierno su pecado, que su misericordia lo olvide (Job XXIV).» Pues es digno que quien en esta vida ardió por el ardor de la concupiscencia carnal, pero permaneció frío y constreñido por el calor de la misericordia, allí pase al calor extremo desde las aguas de la nieve; para que, así como aquí pecó por dos ofensas, así sea atormentado en el infierno por dos suplicios: y allí su misericordia, en cambio, lo olvide, quien aquí se demuestra que no fue recordado de la misericordia. Envía, por tanto, hermano, tus riquezas delante de ti, de donde vivas después; que tus facultades te precedan, para que las poseas en aquella inmortalidad perpetua. Recuerda lo que está escrito: «El rico, cuando duerma, no llevará nada consigo; abrirá sus ojos, y no encontrará nada; lo alcanzará como agua la indigencia, la tempestad lo oprimirá de noche (Job XXVII).»

Por tanto, agradézcale el consejo que se da por Salomón: «Echa, dice, tu pan sobre las aguas que pasan, porque después de muchos días lo hallarás: da parte a siete, y aun a ocho, porque no sabes qué mal vendrá sobre la tierra (Eclesiastés XI).» Y de nuevo: «Por la mañana siembra tu semilla, y por la tarde no dejes reposar tu mano (Ibid.)» Se lee en el Génesis: «Que Isaac sembró en Gerar, y halló en aquel año el ciento por uno (Génesis XXVI).» Pero cuán más felizmente siembra, quien mientras suministra ayuda a los necesitados, cosecha trigo por avena, un montón por puñado, un montón por grano: ciertamente merca lo celestial por lo terrenal, lo eterno por lo transitorio. Dice la Escritura: «¿Quién puede decir: Mi corazón está limpio, estoy puro de pecado (Proverbios XX);» ¿quién se gloriará de tener un corazón casto? Pero insiste diligentemente en las limosnas, y confía en que serás limpio por la divina piedad. De donde el Salvador: «Dad limosna de lo que os sobra, y he aquí todo os será limpio (Lucas XI).» Pues así como el ardor del fuego purga el óxido de cualquier metal, así la limosna suele purgar la suciedad del alma. De donde también el hombre sabio: «El fuego ardiente lo apaga el agua, y la limosna resiste a los pecados (Eclesiástico III);» donde inmediatamente añade: «Y Dios es el observador de quien devuelve la gracia, lo recuerda en el futuro, y en el tiempo de su caída hallará firmeza (Eclesiástico).» Luego añade: «Hijo, no defraudes la limosna del pobre, y no apartes tus ojos del pobre (Ibid. IV).» Y de nuevo: «No desprecies al alma hambrienta, y no irrites al pobre en su indigencia. No aflijas el corazón del pobre, y no prives al necesitado de su dádiva (Ibid.).» Y muchas otras cosas que este varón profético teje sobre la piedad que se debe otorgar a los pobres: y aún no habiendo amanecido el Evangelio, como sacerdote en la Iglesia prolonga la serie de su largo discurso: que no consideramos aquí exagerar todas juntas, para no generar fastidio en los lectores.

CAPÍTULO III. Cuál es la mayor limosna.

Pero cuando en todas las páginas del sagrado discurso se predica la limosna, y la misericordia sobresale sobre las demás virtudes, y obtiene la palma entre las obras de piedad: sin embargo, aquella misericordia sobresale, que presta ayuda a los que recientemente han caído en la indigencia desde la abundancia. Pues hay algunos, a quienes el orden de un linaje más noble ennoblece, pero la indigencia de bienes familiares angustia. Muchos también están adornados con los títulos de una stirpe ecuestre, pero la indigencia de la necesidad doméstica los deprime: exigidos por la dignidad del linaje, se ven obligados a asistir a las conversaciones de los notables, iguales en el asiento, pero muy desiguales en facultades. Pero aunque la preocupación de la pobreza doméstica los atormenta, incluso si por necesidad llegan a los extremos, desconocen cómo pedir alimentos mendigando. Pues eligen más bien morir que mendigar públicamente, se avergüenzan de ser reconocidos, temen confesar su indigencia: y mientras otros proclaman su indigencia, incluso a veces exagerando el grado de su pobreza para recibir el consuelo de una limosna más abundante; estos disimulan lo que poseen, ocultándolo, para que no estalle vergonzosamente ante los ojos de los hombres alguna señal de su pobreza.

Por lo tanto, la indigencia de estos es más fácil de entender que de ver: se puede conjeturar más por ciertos signos que estallarían, que ser descubierta por indicios manifiestos. Sobre los cuales, ciertamente, el Profeta no designa claramente, sino ocultamente, cuánta es la retribución para los pobres, cuando dice: «Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre» (Salmo 40). No necesitamos entendimiento sobre los pobres que llevan harapos y bolsas, y que vemos con visión manifiesta; pero sobre esos pobres debemos entender internamente, cuya miseria no podemos percibir en la superficie. «Bienaventurado, en efecto, el que entiende sobre el necesitado y el pobre»; ¿y por qué bienaventurado? «En el día malo, dice, el Señor lo librará» (Ibid.). Feliz es esta promesa, para que luego sea liberado en el

juicio divino, quien ahora socorre a los necesitados en su tristeza; entonces es arrancado de la miseria de la calamidad, quien ahora se compadece de los que sufren miseria.

Pero escuchemos aún lo que el Salmista prosigue: «El Señor, dice, lo conservará, y lo vivificará, y lo hará bienaventurado, y purificará su alma en la tierra, y no lo entregará en manos de su enemigo: el Señor le prestará ayuda» (Ibid.). ¡Oh, cuán gloriosamente comercia quien, por la misericordia que exhibe a los pobres, se provee de la oración continua de toda la cristiandad! Pues toda la Iglesia universal, difundida por todo el orbe, suplica a Dios diariamente por él, que ciertamente frecuenta este salmo con devoción diaria. Añade que esta oración nunca puede caer en el desprecio de la divina clemencia, que ciertamente fue hecha por el Espíritu Santo, quien es el mismo perdón de los pecados. ¿Cómo no admitiría la oración compuesta por sí mismo? ¿Cómo no escucharía lo que enseñó a orar?

Bienaventurado, por tanto, y verdaderamente bienaventurado, quien entiende sobre el necesitado y el pobre. De donde Moisés, o más bien el Señor a través de Moisés: «Si uno de tus hermanos, que habita dentro de las puertas de tu ciudad, en la tierra que el Señor tu Dios te dará, llega a la pobreza, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano, sino que la abrirás al pobre, y le prestarás lo que veas que necesita» (Deut. XV). Y en otro lugar: «No faltarán pobres en la tierra de tu habitación, por eso te mando que abras tu mano a tu hermano necesitado y pobre, que está contigo en la tierra» (Ibid.). Pues el Dios omnipotente sabe que la fragilidad humana nunca puede llegar a la vida solo por su justicia, sino que siempre necesita misericordia: y por eso, a través de todas las páginas sagradas de las Escrituras, alaba la limosna, predica la misericordia, inculca incesantemente mostrar entrañas de piedad a los pobres: para que mientras el hombre se compadece del hombre, también por sus méritos obtenga misericordia de Dios: y mientras sostiene al consorte de su propia naturaleza, merezca tener al Creador como sustentador: y lo que exhibe al prójimo, él mismo también lo obtenga de Dios: Pues así como el Creador de los hombres predestinó a todos los elegidos al reino desde el mismo origen del mundo, y sin embargo les mandó trabajar incansablemente por la adquisición de ese reino, para que lo que se concede gratuitamente por el Creador, el hombre lo alcance con sus trabajos; así es necesario que quienes por misericordia somos salvados por el piadoso Creador, tampoco descuidemos impartir a los hermanos el gasto de la piadosa humanidad. De donde Tobías a su hijo: «De tu sustancia, dice, haz limosna, y no apartes tu rostro de ningún pobre: así será que el rostro del Señor no se apartará de ti» (Tob. IV). Donde también establece la medida de la discreción, y sin duda fija una regla auténtica en cualquier cantidad de posesión y sustancia; pues dice: «Como puedas, así sé misericordioso; si tienes mucho, da abundantemente; si poco, también poco, procura dar con gusto» (Ibid.).

¿Por qué debe hacer esto? Lo aclara cuando añade: «Porque atesoras para ti una buena recompensa en el día de la necesidad: porque la limosna libra de todo pecado y de la muerte, y no permitirá que el alma vaya a las tinieblas: la limosna será una gran confianza ante el Dios supremo, para todos los que la hacen» (Ibid.).

CAPÍTULO IV. Que quien no da limosna ni en efecto ni en afecto, no puede ser querido por Dios.

En verdad, para resumir brevemente este asunto, nunca será querido por Dios quien no tenga el efecto o el afecto de la limosna: es decir, que quien no tiene el recurso, tenga la voluntad: y mientras la abundancia de la facultad doméstica no abunda, que no pierda las riquezas de un alma liberal. Pues quien no tiene alimento, ¿acaso no tiene techo? no puede alimentar al hambriento con alimento, pero al menos puede recrear al cansado con el oficio de la hospitalidad humana. Recordando siempre aquello del apóstol: «Permanezca en vosotros la

caridad fraterna, y no olvidéis la hospitalidad» (Hebr. XIII); pues por esta algunos agradaron a los ángeles al recibirlos como huéspedes. Algunos, ciertamente, mientras cierran la puerta a los pobres de Cristo con sus entrañas, se acusan del crimen de robo, y mientras les niegan la humanidad de la hospitalidad por avaricia, fingen temer el robo y la pérdida de sus bienes domésticos: ahora, ciertamente, se burlan de sus rostros obesos, ahora de sus caras rubicundas, y acusan sus brazos musculosos y sus robustos músculos, idóneos para las labores agrícolas: ofenden a Dios, quien se consuela con tales, que ciertamente podrían también sostener a otros con el ejercicio de su trabajo. A estos, en verdad, les es muy temible lo que en el Deuteronomio fue dicho por Moisés al pueblo israelita: «Los amonitas y moabitas, incluso hasta la décima generación, no entrarán en la asamblea del Señor para siempre, porque no quisieron salir a vuestro encuentro con pan y agua en el camino, cuando salisteis de Egipto» (Deut. XXIII). Pues si aquellas naciones, que ciertamente no tenían la ley, por eso son irrevocablemente excluidas de la Iglesia de Dios, porque no quisieron salir al encuentro de sus enemigos con el oficio de la humanidad; ¿con qué terrible sentencia son dignos aquellos que cierran sus entrañas a los prójimos necesitados? ¿que no imparten caridad a los hermanos? Estos, ciertamente, son nacidos del sagrado bautismo, con estos han salido del útero de la madre Iglesia: y con quienes participan de la mesa del cuerpo y sangre del Señor, a estos niegan el alimento que debe ser digerido en el retiro.

¿Y con qué conciencia nos adormecemos en la distribución de limosnas, quienes ciertamente descansamos en la paz eclesiástica, cuando incluso los santos apóstoles, que contra todo el mundo fueron como en batalla, se leen que estuvieron solícitos en el estudio de esta gracia? Pues si a otros les fuera permitido, ellos podrían no inconvenientemente haberse librado de esta solicitud: quienes ciertamente estaban atentos a sembrar la semilla de la nueva fe, y constituidos en tan acerbo combate contra la perfidia del mundo. Pero ningún trabajo de persecución pudo detenerlos de exhibir humanidad a los hermanos, ninguna insistencia de predicación pudo cohibirlos de impartir misericordia a los pobres. De donde Pablo a los Gálatas: «Pedro, dice, y Jacobo, y Juan, que parecían ser columnas, dieron a mí y a Bernabé la diestra de la sociedad, para que nosotros evangelizáramos a los gentiles: ellos, sin embargo, en la circuncisión, solo que fuéramos recordadores de los pobres: lo cual también fui solícito en hacer» (Gál. II). También dice a los Corintios: «En cuanto a las colectas que se hacen para los santos, como ordené a las Iglesias de Galacia, así también haced vosotros el primer día de la semana: cada uno de vosotros ponga aparte, guardando lo que bien le parezca, y cuando esté presente, a quienes aprobéis por cartas, a estos enviaré para llevar esta gracia a Jerusalén» (I Cor. XVI). Y tanta fue la liberalidad hacia los pobres en los apóstoles, que en sus Actos se lee: «Que partían el pan por las casas, y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando al Señor» (Act. II). Por las casas, dice, no dentro de las casas; cuyas huellas ciertamente no siguen, quienes para comer cierran las puertas con cerrojos y barras, y se aseguran contra los pobres como si fueran contra ejércitos de enemigos circundantes en asedio.

CAPÍTULO V. Que con las limosnas de los padres crece la fortuna de los hijos.

Ciertamente, Gerard de Farvaldo, de los principales de la ciudad de Rávena, a quien vi de niño ya de edad avanzada y senil: de quien ciertamente escuché frecuentemente que se decía: que cuando alguna vez el pueblo sufría de escasez, hasta el punto de que algunos incluso morían de hambre, él, aunque ya tenía descendencia de nietos que le sucederían, vendió algunas propiedades y distribuyó los alimentos que pudo a los necesitados: él mismo también entonces, con las puertas abiertas, rodeado por una multitud de pobres, comía, y cuando los alimentos se agotaban, aún hambriento, lloraba por compasión de ellos: cuya descendencia hasta hoy florece en riquezas, y posee más de lo que fueron las patrimonios ancestrales.

Además, Walderico, quien mientras luchaba contra los herejes, se convirtió en un mártir insigne, como nos relató Andrés, el venerable obispo de la Iglesia de Spoleto, cuando alguna vez visitaba la casa de su madre, encontró a un pobre ante las puertas, que se quejaba de haber recogido un manojo de hierbas, pero que no había podido recibir de la misma matrona la sal para condimentar ese guiso. Y cuando el santo varón ingresó en la casa materna, encontró un poco de sal en un recipiente, y muy enojado, tomó el recipiente con la sal y lo esparció por la calle en reproche a su madre, diciendo: que no debía ser comido en absoluto por un cristiano lo que por avaricia se había negado a Cristo. Pero poco después, el recipiente que había dejado vacío, fue encontrado lleno de sal, no sin asombro del milagro.

Asimismo, Manfredo, marqués que fue en los últimos confines del principado de Liguria, se destacó junto con su esposa por su ferviente dedicación al sustento de los pobres: de quien ciertamente (por no mencionar otras cosas) se recuerda con célebre memoria que en el mismo día de la santa Resurrección, cuando su casa resplandecía con tapices y ornamentos como un palacio real, y abundaban los gastos copiosos, y una no pequeña multitud de clientes vestidos de blanco lo rodeaba, hizo preparar un banquete magníficamente, y ordenando con diligente cuidado a los pobres en todas las mesas, él mismo sirvió como mayordomo con sus siervos: y cuando estuvieron suficientemente llenos, él mismo con los suyos tomó lo que quedaba de comida, como si fuera un privado: para que aquella solemnidad pascual brillara en los pobres, y la familia del padre de la casa se sustentara con una comida privada. De quien también el hombre de Dios, mi señor Leo, venerable ermitaño, que ha estado recluido en una celda por casi veinte años, escuchó, y dio testimonio de este hecho notable: que cuando él habitaba en el desierto del mencionado marqués con algunos hermanos, su esposa le impuso esta ley: que cualquier cosa que el mensajero de los ermitaños pidiera como necesaria, ella inmediatamente la duplicaría con creces: es decir, cuando este quizás exigía cinco sólidos, ella entregaba diez: cuando este pedía diez, ella inmediatamente contaba veinte. Pero como he olvidado, ciertamente dudo si esto mismo lo he escrito en otro lugar. Sin embargo, lo que es edificante, es mejor repetirlo en relatos que borrarlo por el silencio. Así pues, como fue tan generoso en distribuir limosnas a los necesitados, como construyó seis o siete, si recuerdo bien, no pequeños monasterios en posesión de su propio derecho, y los enriqueció con propiedades y ornamentos con liberalidad munificente, ¿acaso por eso su descendencia es pobre? De ninguna manera. Pues vemos que sus nietos, ciertamente jóvenes de admirable índole, poseen gran parte incluso del reino de Borgoña: cuya hermana además se conoce como dotada en matrimonio con nuestro emperador. ¿Por qué, entonces, tememos devolver a Dios lo que nos ha dado, lo que incluso en esta vida nos es restituido a nosotros o a nuestros herederos, y en aquella se aumenta en la gloria del reino celestial con la recompensa multiplicada del interés?

CAPÍTULO VI. Que la abundancia de bienes temporales surge de la limosna.

Esto también considero de gran valor saber, lo que el marqués Berardo, quien falleció este año, solía relatar frecuentemente: decía que un hombre en los confines de los teutones, de donde ciertamente él mismo también había nacido, poseía una excelente propiedad de su propio derecho, abundantemente rica en diversas cosechas; tenía, además, doce hijos: comenzó entonces a pensar qué sucedería después de su muerte, si dividía la herencia de una sola posesión entre tantos coherederos. Pues decía: Yo, que tengo todo esto solo, vivo suficientemente y en paz; pero si tantos divisores surgieran, ¿quién soportará sus rivalidades? ¿quién soportará las disputas de envidia y odio que surgirán entre ellos? Pues no podrá haber unidad de voluntad donde haya tanta diversidad de facultades. Además, los colonos, que ahora están contentos de obedecer a un solo señor, no sin grave perjuicio de su tranquilidad,

tendrán que responder a la multitud de tantos señores. Por lo tanto, a ti, Dios omnipotente, te entrego todo lo que es de mi derecho, te elijo como único heredero de mi posesión; y encomiendo a ti a mis hijos; haz con ellos lo que sea agradable a tus ojos. Y dicho esto, ató su guante a su flecha, y con el arco fuertemente curvado, la lanzó a las alturas del vasto aire. Pero pronto la flecha cayó a tierra sin el guante: para que se mostrara con evidente indicio que el don que ofreció con fe, la divina clemencia lo recibió. Entonces, él, más confiado y alegre por la ofrenda de su don, entregó su posesión a una Iglesia, y la aseguró perpetuamente para sí mismo mediante estipulaciones y acuerdos firmes. Poco después de esto, sus hijos fueron dotados de tal abundancia de bienes afluentes, tan magníficamente dilatados con la abundancia de propiedades y rentas, que cada uno de ellos superó la suma de la facultad paterna, y la prosperidad del mundo les sonrió en todo. Así, quien recibió la investidura del guante de la mano del padre en el cielo, derramó abundantemente sobre sus hijos la lluvia de su bendición. Lo que, por tanto, se da a Dios en la tierra, se recibe en el cielo: y de allí se debe esperar la recompensa donde el don fue ofrecido. De ahí que el ángel del Señor dijo a Cornelio: «Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria ante Dios» (Act. X). ¡Oh, feliz comercio tal, donde el hombre es el prestamista, y Dios se convierte en el deudor omnipotente: y podemos confiadamente reclamarle los dignos pagos de nuestra compensación, si nos esforzamos por anticiparlo con nuestros dones!

Pues también en el tiempo del papa Gregorio (el sexto de ese nombre), quien se llamaba Graciano, recuerdo que ocurrió lo que narro (pues como me relató Bonizo, un hombre anciano, rector del monasterio de San Severo, situado cerca de la ciudad vieja). El rey de los escoceses, entonces en la flor de su primera juventud, porque su padre murió, pronto le sucedió en los derechos del trono real; pero cuando consideró cuidadosamente cuán frágil es todo lo que en este mundo se hincha, cuán inestable es lo que sobresale, cuán rápidamente se extingue todo lo que brilla, aunque ya estaba casado, decidió dejar las insignias reales por amor al reino celestial; cambiar la corona por el capuchón monástico. ¿Qué más? Simula el estudio de la oración, emprende la expedición a Roma. Completada la devoción de los umbrales apostólicos, sin que lo supiera el séquito de sus clientes, secretamente se viste con el hábito monástico, y así, habiéndose robado a sí mismo del mundo con el reino, lo arrojó bien lejos: quien pronto, golpeado por la enfermedad, llegó a los extremos, y hasta su muerte no dejó de clamar este elogio como de un pacto convenido: Señor, he hecho lo que mandaste; cumple lo que prometiste. Ciertamente, en la viña constituido, reclamaba el denario, porque sabía que había cumplido el mandato del padre de familia; y aunque había sido contratado en la undécima hora, exigía descanso después del trabajo, y después de completar la obra, reclamaba la recompensa. No dudemos, por tanto, ahora en ofrecer a Dios ya sea a nosotros mismos o a nuestros bienes, para que luego podamos reclamarlos con toda autoridad. Y mientras comemos, no obliguemos a los necesitados a lamer con menos porciones como si fueran sobrios, mientras nosotros no nos agobiamos de consumir los manjares de platos elevados: ni a ellos, como hacen algunos, se les debe aplicar la medida de la cuchara, cuando para nosotros apenas son suficientes las ollas o calderos.

Fulcrano, ciertamente, obispo de cierta región de Galia (como me relató el reverendo en Cristo Hugo, abad de Cluny), cuando su ecónomo le preguntaba qué quería que se le preparara, decía: Según el número de los comensales, prepara lo que te parezca; pero para mí solo, presenta un cerdo óptimo, muy gordo y grande a los opíparos, para que nadie deba probar ni siquiera una lenteja delgada de él sin mi persona. Así, sentado a la mesa con los comensales, él mismo consumía toda la víctima con ellos, y no ofrecía a nadie más que a ellos ni siquiera un pequeño trozo de carne.

CAPÍTULO VII. La limosna beneficia a los difuntos, es odiada por los demonios.

El mismo santo abad me relató nuevamente que un hombre, mientras recorría diversos lugares del mundo por el estudio de la oración, se encontró en un desierto, donde un santo hermano moraba en una celda: quien después de algunas cosas, preguntó sutilmente al peregrino si conocía el monasterio de Cluny. A lo que subsecuentemente añadió: Te ruego, dijo, por la caridad de Dios, hermano mío, que si acaso te sucede visitar ese lugar venerable, anuncies a los hermanos y al abad, para que no se enfríen en el estudio de las limosnas, sino que perseveren con constante vigilancia en las obras de piedad, como están acostumbrados. Aquí, en efecto, el infierno arde con llamas vaporosas, y de aquí las almas de los condenados, escuchándome frecuentemente, con grandes lamentos y crujidos de llanto, se sumergen en el tártaro: pero las oraciones y limosnas del mencionado monasterio resisten valientemente a los espíritus malignos, y como un botín, arrebatan a muchos de sus manos. El peregrino, por tanto, después de mucho tiempo llegó al monasterio, y anunció a los hermanos en orden lo que le había sido encomendado.

Además, nos indigna bastante lo que no dudamos que algunos hacen: que ellos mismos se apoyen en la elevada mesa, mientras que los pobres que alimentan se sientan en el suelo desnudo entre los perros. Aquellos usan manteles bordados con hilos de colores, mientras que a estos se les colocan los alimentos en el regazo. Gothfredo, un duque y marqués muy ilustre, me contó que en la historia de su región se dice que el emperador Carlos luchó quince veces contra el rey de los sajones, quien aún estaba atrapado en el error del paganismo, y perdió quince veces; pero después de tres batallas, Carlos venció y finalmente capturó al rey. En una ocasión, mientras Carlos estaba sentado en su trono, como solía hacer, y los pobres que alimentaba estaban sentados humildemente en el suelo, el rey, que comía en una mesa alejada del emperador, envió un mensaje diciendo: "Mientras vuestro Cristo dice ser recibido en los pobres, ¿cómo persuadís a otros a someterse a Él, a quien vosotros despreciáis y no le mostráis ninguna reverencia de honor?" El emperador, compungido en su corazón, se sonrojó y se asustó al escuchar una sentencia evangélica salir de la boca de un pagano. Porque el Señor dice: «Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mateo XXV). El rey se alegró al ser corregido de esta manera, ya que, aunque aún no había recibido las enseñanzas de la fe, ya proclamaba el fruto de la fe, es decir, las obras de misericordia.

Además, es sumamente importante notar que lavar los pies de los pobres es muy saludable. Por eso el Señor dijo a sus discípulos: «Si yo, el Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros» (Juan XIII). Y para establecer este mandato con mayor autoridad y grabarlo más profundamente en sus mentes, añadió: «Os he dado ejemplo, para que como yo he hecho, vosotros también hagáis» (Ibid.). Porque cuando se lavan los pies de los pobres en devoción a quien lo mandó, el alma y el cuerpo del que lava se purifican de pecados. Por eso Pedro dijo: «Señor, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza» (Ibid.). ¿Por qué, entonces, Pedro no ofreció otras partes del cuerpo además de los pies, excepto las manos y la cabeza, sino porque a través de ellas expresó las obras del cuerpo y los pensamientos de la mente? La cabeza representa la mente, y las manos la acción de todo el cuerpo.

Por otro lado, el venerable obispo Mainardo de Silva Cándida me relató que el papa Nicolás, de piadosa memoria, quien hace tres años partió de esta luz en el Señor, nunca dejaba pasar un día en todo el año sin lavar los pies de doce pobres. Si no podía hacerlo durante el día, cumplía esta obra de piedad por la noche. Pero como veo más sobre el privilegio de la

misericordia y la dignidad de las limosnas de lo que puedo decir, me gustaría exclamar brevemente en su alabanza.

CAPÍTULO VIII. Alabanza de la limosna.

¡Oh virtud de la limosna, que como un manantial de agua viva, limpias las manchas de los pecados y apagas las llamas de los vicios ardientes! ¡Oh feliz limosna, que sacas a los hijos de las tinieblas del abismo del infierno y los introduces, adoptados, en los reinos celestiales de la luz perpetua! Tú vuelas de las manos de los pobres al cielo, y allí preparas un hospedaje para tus amantes. Si eres vino, no te agrías; si pan, no te enmoheces; si carne o pescado, no te pudres; si vestimenta, no envejeces: te conservas siempre fresca y nueva, y tan pronto como tu oferente muere, regresas a él multiplicada. Tú haces de los que yacen en la suciedad del crimen personas ilustres; de los condenables, santos; de los gentiles, cristianos. Esto lo prueba Cornelio, cuyas limosnas ascendieron a la presencia divina (Hechos X).

¡Oh rica limosna, que ofreces a tus amantes una herencia imperecedera y la dignidad de la corte celestial! ¡Oh admirable virtud de la misericordia, que purgas la herrumbre de todos los pecados, mortificas los incentivos de los vicios furiosos, e iluminas las mentes oscuras de los hombres con el esplendor de la gracia celestial! Esto hace que Dios sea deudor de los hombres, para que no busquen el reino de los cielos como algo ajeno, sino que lo invadan audazmente como si fuera de su propio derecho. ¡Oh feliz misericordia, que naces de la miseria, pero engendras la verdadera bienaventuranza para tus ejecutores! Tú, comerciante más prudente que cualquier mercader, que con mercancías terrenales compras las celestiales, y con las transitorias, las eternas. Felices tus mercados, en los que se da hospedaje, se recibe una morada, se ofrece un poco de pan, se recibe un reino, se entrega una moneda, se compra el palacio celestial.

Por tanto, entre las demás virtudes, venerable hermano, con las que no dudamos que florece la prudencia de tu santidad, toma especialmente esta, ejercítate en las obras de piedad, fluye siempre con las entrañas de la misericordia: para que, al compadecerte ahora de los pobres de Cristo, obtengas misericordia de Cristo después.

Bendito sea el nombre del Señor.